

¿PARA QUÉ LA GEOGRAFÍA? POR UNA GEOGRAFÍA HUMANA (DE ARGELIA, POR EJEMPLO).

ANDRÉ PRENANT*

Señor Presidente, señoras, señores, queridos amigos:

Puesto que la tradición quiere que entre la prueba final del bachillerato y las vacaciones se introduzca una distribución solemne de premios con el correspondiente acompañamiento de discursos, me permitiré, para iniciar el mío, recordar una anécdota de examinador. Pueden estar tranquilos los candidatos: no guarda relación con ustedes; la anécdota se sitúa en Constantina y en la convocatoria de junio de 1950.

Ustedes conocen la impresión que puede causar al futuro bachiller la extracción por sorteo de los papeles doblados en cuatro y en los que está, con el tema de examen, su suerte o su desgracia. Así, pues, uno de ellos se presenta y desdobra su papel: la Argelia oriental. No manifiesta la menor satisfacción. Al cabo de diez minutos de preparación no consigue decir nada sobre el tema.

Urgido por las preguntas, murmura: «señor, no nos ha dado tiempo para terminar el programa». Ahí estaba, desarmado, incapaz de hablar de su ciudad natal, de contar lo que veía cada día y que llama la atención del visitante nada más salir de la estación; incapaz de concluir de la presencia del gran silo que Constantina es un mercado de cereales, y evidentemente aún menos capaz de reparar en que la ausencia de fábricas importantes, la proliferación de los tenderetes y talleres de artesanos, la repartición de sus gentes en barrios diferentes por sus densidades, niveles de vida y ocupaciones tenían mucho más interés que la fórmula abstracta que hubiera podido sacar de un prontuario aprendido de memoria.

* Profesor de geografía de la Universidad de París 7; antes profesor de bachillerato en los liceos de Laon (1948-1949) y E. F. Gautier de Argel (1949-1952), investigador del CNRS (1956-1962) y, tras la independencia argelina, profesor titular cooperante en la Universidad de Argel (1963-1966). Jubilado en 1992, sigue colaborando activamente con el GREMAMO (Grupo de Investigaciones sobre el Magreb y Oriente Medio) de la Universidad de París 7.

El texto reproduce el de la conferencia de protocolo pronunciada en el acto «solemne» de entrega de premios del liceo E. F. Gautier de Argel, en julio de 1951, presidido por el Prefecto. El director del liceo, a quien el texto había sido previamente sometido, había exigido la supresión de determinados párrafos, argumentando la excesiva longitud del discurso. Ante la negativa del autor, convocó a su esposa, Marie-Anne Thumelin, para conseguir que hiciera presión a favor de la censura pretendida, lo que a su vez ella rechazó, afirmándose de acuerdo con el contenido de los párrafos en cuestión. Finalizada la conferencia, uno de los directores de Radio Argel, Charly Finaltieri, solicitó y obtuvo la autorización del autor para reproducirla en un programa educativo, lo que no se produjo por la prohibición del director.

Traducción: Arón Cohen, Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Granada.

N. del T.: El título del texto ha sido añadido a la versión original del discurso, en el que figuraba sólo el encabezamiento que aquí le sigue. Nacido en París el 4 de abril de 1926, el autor acababa de completar en julio de 1951 su segundo curso como profesor agregado de Instituto en Argelia.

Desgraciadamente, amigos míos, esta es la idea que con demasiada frecuencia se hacen ustedes de la Geografía, esa disciplina aburrida que tenemos que padecer dos horas por semana y hay que intentar «saberse» porque, junto con la historia, tiene un coeficiente de tres en el examen oral, pero que suele dejarse en general para las tres últimas semanas antes del examen, a lo largo de las cuales la tradición es empaparse hasta diez o doce horas diarias de las frases secas y dogmáticas del prontuario.

Es verdad que ya no es como en el siglo XIX, cuando había que aprenderse por orden alfabético la lista de los noventa departamentos franceses con sus prefecturas, subprefecturas, los nombres de sus montañas y ríos, la altitud metro arriba o abajo de sus más altas cumbres y la cifra exacta de población según un censo con diez años de antigüedad.

Tampoco se trata ya de saber enumerar las principales producciones de un lugar, las principales mercancías vendidas o compradas, los principales mercados en los que se venden o compran; ni de afirmar que el hábitat es disperso o concentrado, que las granjas disponen de un corral cuadrado o que están constituidas por varios edificios de explotación; que el viento dominante es el Mistral y llueven 32 milímetros entre los meses de junio y octubre, o que las montañas son altas porque son «jóvenes».

Desde hace veinte o treinta años, hasta los manuales han dejado este tipo de descripciones para las guías o para el pequeño Larousse; pero, a juzgar por la mayor parte de los ejercicios que corregimos, parece que les hubiera quedado a ustedes una nostalgia de esta fastidiosa lección de recitación que era la Geografía de antaño. Y si les reprochamos falta de esfuerzo para comprender, nos encontramos con respuestas del tipo: «Pero, Profesor, no hay nada que comprender». Y es que hay que admitir que no existe nada tan inhumano como lo que se ha consagrado como geográfico. Sólo está consagrado como geográfico lo que es abstracto y no guarda relación con la vida cotidiana de las personas. Sólo está consagrado como geográfico lo que se expresa con nombres propios complicados, con columnas de cifras, con la posición precisa de un punto en el mapa, con palabras que no se aplican a lo que nos rodea: anticlón, anticlinal, antípoda, cerealicultura, transhumancia o exportación. Sólo está consagrado como geográfico lo que está lejos tanto en el espacio como para nuestras mentes, lo que es intemporal, lo que no pasa ni cerca de nosotros ni en este momento, ya que ha sido preciso estabilizar el mundo en un instante determinado y para la eternidad. Sólo está consagrado como geográfico lo que ha sido siempre así y así seguirá siendo. El Ródano es y será eternamente un río majestuoso, el Sena «calmo y tranquilo», los polinesios son «dulces y pacíficos» por naturaleza, así como los chinos tendrán hasta el final de los tiempos el hábito de alimentarse sobriamente con un puñado de arroz cada día. Y como en la realidad que se desarrolla bajo nuestros ojos todo se transforma sin cesar y nada es ya, en este preciso minuto, exactamente igual que al comienzo de esta ceremonia, es comprensible que no pase por sus cabezas relacionar lo que se les ha preguntado o se les preguntará, dentro de unos años, en el examen oral del bachillerato, con lo que ven cada día a su alrededor.

En nuestra vida cotidiana nos explicamos aquello que nos sorprende volviendo la vista atrás, en el tiempo, en busca del acontecimiento o de la situación o las condiciones que han podido combinarse para conducir a esta «sorpresa». En clase de química explicamos la formación de un óxido metálico por la acción del oxígeno sobre un

metal preexistente, por la transformación de combinaciones de partículas materiales que existían previamente. En clase de física explicamos la caída de un cuerpo por la propia existencia de ese cuerpo que, antes de caer, conllevaba un cierto dinamismo capaz de hacerlo caer. En un problema de matemáticas construimos por nuestra cuenta una solución a partir de datos anteriores.

Nada de esto hay en un tratado o manual de geografía: a una cierta forma de relieve se la bautiza con el nombre de *cresta* debido a que una bóveda calcárea, plegada sobre arcillas tiernas, ha cedido dando lugar al vaciamiento de las arcillas. Sabemos que ha sucedido así, pero no hemos podido presenciar el fenómeno; y no serán ustedes quienes descubran por sí mismos estas reconstrucciones de un pasado geológico que jamás se ha ofrecido a nuestros ojos. En Pentecostés llovió sobre Argel porque una depresión pasó por la bahía: ustedes lo saben porque tienen a bien creernos. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué una depresión trae la lluvia y otra no? ¿Y por qué esta depresión pasó por Argel y no por otra parte? Sabemos que en la Champaña el hábitat se presenta concentrado en grandes pueblos que se disponen a lo largo de los cursos de los ríos. Ello se debe a la aridez de las mesetas cretáceas, según nos decían los manuales de hace veinte años. También a una explotación tradicional del suelo, como nos explican los que ahora utilizamos. Pero ¿por qué la tradición es ésa en Champaña y distinta en otros lugares, aunque las condiciones físicas sean análogas? Porque las condiciones de desarrollo técnico son desiguales, precisarán los manuales que están más al día. Pero no hay razón alguna para que el juego de las preguntas y respuestas se pare aquí, puesto que hay regiones que cuentan con suelos similares, clima parecido y medios técnicos idénticos, como las tierras negras de Ucrania o el Medio Oeste americano, donde el hábitat, sin embargo, presenta características opuestas: disperso aquí, concentrado allá; e igualmente son diferentes los géneros de vida y los paisajes, tanto los de los pueblos como los de los campos. El juego puede continuar y ustedes mismos se dan cuenta de ello cuando, recordando la definición del «género de vida mediterráneo», constatan que en realidad no se corresponde con el de sus padres o el de sus profesores, que a su vez no es tampoco el del cobrador del trolebús ni el su tendero.

Y entiendo entonces que la geografía les parezca un ejercicio puramente memorístico y que no se les pase por la cabeza intentar comprender explicaciones sobre la vida de los hombres de la Tierra entera, cuando no se explica la vida de ustedes mismos, la de sus familiares, vecinos y amigos; la de las gentes a las que ustedes ven vivir. Entiendo que la geografía se aleje de ustedes o que el único atractivo que les ofrezca sea el de evadirles del mundo que les rodea; que represente para ustedes «el estudio de países lejanos, del paisaje y de las costumbres de estos países»; o que sea, por el contrario, «la descripción de las montañas inaccesibles y de los recursos de Francia»: dos de las definiciones que me dieron, al inicio del año escolar, dos alumnos de cuarta¹.

Entiendo también que sea la más abstracta e inhumana de las disciplinas, puesto que es la geografía *de otros*, sin relación alguna con el universo de ustedes; puesto que

1. *Quatrième* es el nivel de la clase de secundaria que corresponde a la edad de 12-13 años (*N. del T.*).

deja de tratar de lo que ocurre sobre la Tierra para convertirse en lo que se escribe en el examen.

Y entiendo especialmente que así sea en el caso de ustedes que viven en Argelia, un lugar del que apenas se habla en dos o tres lecciones de sus cursos de tercera y primera², cuando son tan variadas y tan originales sus facetas que serían necesarios meses para hacerles redescubrir aquello que ven ustedes cada día.

De ahí que piense que ya es hora hoy, en vísperas de las vacaciones, de hablarles de geografía. Porque será sobre todo durante las vacaciones cuando ustedes puedan crearse su propia Geografía, la que soñamos con hacerles amar y comprender durante el curso sin poder conseguirlo porque nos faltan el tiempo y las posibilidades para llevarles por las calles o el puerto, a las montañas o al litoral, a las fábricas y a los campos, o en avión para sobrevolar su ciudad o su país y que abran los ojos y reflexionen sobre lo que hubieran visto.

Es ahora, después de que hayan ustedes consagrado ocho meses a las matemáticas, el latín, el griego y, raras veces, hasta a la historia, cuando ha llegado la hora de dedicar tres al conocimiento que para mí es el más apasionante, el más humano y el más personal de todos (cada cual tiene sus santos).

Pero ¡ojo!, al salir de aquí no dejen de empezar a crear las bases de su Geografía. Observen y reflexionen. Olviden las frases impresas, las leyes que admiten sólo porque las han leído en su manual u oído en clase. Acuérdense de Descartes y de su regla de la evidencia: «no incluir en mis juicios más que aquello que se presente de manera tan clara y distinta a mi mente que no me quede lugar alguno a la duda».

En las pocas horas o los escasos días que les quedan por pasar en esta ciudad a los más afortunados de ustedes, ¡cuántos problemas pueden plantearse! Problemas que no son meros juegos de la inteligencia como las casillas de los crucigramas, o como la resolución de ecuaciones de cuyas proyecciones en la acción humana no nos damos cuenta en el liceo, sino problemas cuya solución es la vida de las personas entre sus semejantes, la relación de unos grupos humanos con otros.

Suban a su trolebús. ¿Quién viaja con ustedes? Están los que transportan: el conductor, el cobrador. Y los transportados: obreros, empleados, comerciantes, industriales y otros. Durante un instante, todos coinciden en el mismo vehículo. Pero interrogúenles. Las respuestas mostrarán que no todos están allí por el mismo motivo. Unos han tomado el trolebús para ir a su trabajo o para volver de él, otros por sus asuntos personales. Sin embargo, todos viven en las mismas condiciones físicas, sobre las pendientes del mismo viejo macizo, bajo el mismo clima mediterráneo, en medio de la misma vegetación de olivos, cactus y pitas; más aún: son habitantes del mismo conjunto urbano, cuyo papel económico es definido por el manual. ¿Dirían ustedes que sus condiciones se explican por el «género de vida mediterráneo»?

Pero en cuanto salgan del trolebús nadie vivirá del mismo modo. El uno gana en varias semanas lo que el otro se gasta en algunas horas. El uno trabaja diez horas diarias y el otro no necesita trabajar. El uno dispone de una sola habitación como

2. 13-14 y 15-16 años de edad, respectivamente (*N. del T.*).

vivienda, mientras que el otro podrá elegir, según sus ocupaciones, entre su piso de la ciudad y su chalet en el campo.

Si el primero cuenta con pocos recursos, ¿no es ésta una razón más decisiva que la naturaleza granítica del macizo de Buzarea para hacerle realizar un duro trabajo cotidiano y residir en la única habitación de una mala barraca, dentro de un barrio donde sólo veremos barracas de habitación única, donde los hombres escasearán desde el alba y se hacinarán por la noche?

Si el segundo dispone de recursos abundantes, ¿no es ésta una razón más decisiva que la existencia de yacimientos de hierro en el cercano Yebel Zaccar para permitirle dedicarse a la actividad que desea, vivir en la residencia de su gusto, en un barrio despejado de la parte alta, surcado por avenidas de eucaliptos, cipreses y naranjos?

Luego ¿no es posible obtener de esta simple comparación indicaciones que pueden contribuir a explicarles toda una serie de fenómenos geográficos? Por ejemplo, la densidad de población. ¿Por qué, en 1932, era de 232.000 habitantes por kilómetro cuadrado en la Alcazaba y de 1800 en la zona alta de Mustafa? Las ocupaciones y el nivel de vida de los habitantes de uno y otro barrio ¿no son más clara y distintamente explicativos de esta diferencia que, por ejemplo, el papel jugado por tradiciones que no podríamos precisar y que no impedirían que un habitante de la zona alta de Mustafa que estuviera arruinado y careciera de apoyos tuviera que buscar asilo en la Alcazaba? La densidad de población, ¿no se revelaría entonces como un indicio, entre otros, de una sociedad humana, y no sólo de su estructura aparente, sino de su estructura íntima: de las angustias, los temores, las esperanzas, las creencias y las metas de los hombres y las mujeres, de los hogares que la componen? La vecindad de dos densidades de población tan opuestas en una misma ciudad, ¿no encierra un testimonio vigoroso y sugestivo de la estructura contrastada de la sociedad que vive en ella?

Lo mismo sucede con los demás fenómenos geográficos. En nuestra vida diaria podemos descubrir al hombre con sus preocupaciones, así como en sus relaciones con otros hombres. Basta utilizar determinadas pistas seguras: la densidad de población y la distribución del hábitat, el tipo de vivienda, las cifras de natalidad y mortalidad, particularmente la mortalidad infantil (tras la frialdad de la curva de la evolución de la población), la emigración o la inmigración.

Puede que algunos de ustedes aprovechen sus vacaciones para hacer una excursión, por ejemplo, a las montañas de Kabilia. Les bastará abrir los ojos para percatarse, primero, de que esta región está muy poblada, y después, de que su población vive agrupada en grandes pueblos que se suceden a corta distancia unos de otros, a lo largo de las rudas y peladas dorsales del macizo.

Si llevan su curiosidad hasta observar y preguntar, se darán cuenta de que ni un ápice de tierra cultivable está inutilizada y de que apenas se ven hombres de veinte a cincuenta años, y les dirán: «éste se marchó a trabajar a Argel y sólo viene los domingos; el otro está en París desde hace seis meses y no se le espera antes del año que viene; aquellos llevan varios años en Lyon, Lens o Pont-à-Mousson; los de más allá se marcharon hace poco en busca de trabajo en las minas del Gard; este otro acaba de volver de ahí». Y, tras consultar algunos registros, dispondrán ustedes de los datos que relacionarán con sus observaciones y les permitirán comprender lo que es este

país, pero también porqué es así y qué modificaciones de las relaciones humanas podrían transformar radicalmente, en un sentido u otro, la vida de quienes lo habitan.

Se dice, por ejemplo, que la Kabilia es una región rica y que el crecimiento de su población es una muestra de su riqueza. Sin embargo, también se dice que es una región «superpoblada», como prueba el volumen de la emigración, ya sea temporal o definitiva. Esto y la concentración del hábitat en las alturas explicado por antiguas necesidades de seguridad es lo que el libro les ha enseñado sobre esta región poblada por más de un millón de personas.

Pero si ustedes la ven, podrán comprender que la riqueza de la región no impide que muchos de sus hombres sean pobres y dispongan sólo de una tierra exigua para cultivar; ante esta multiplicidad de pequeñas explotaciones, comprenderán la dificultad de sustituir los viejos arados. Podrán comprender porqué lo que aparenta ser una sobrepoblación es en realidad necesaria en los hogares kabiles, en la medida que hacen falta hombres que se expatrien y vendan su trabajo fuera para ahorrar algunos miles de francos anuales que completarán útilmente los medios de existencia de toda una familia. Podrán comprender que la enorme densidad está relacionada con esta necesidad de trabajar toda la parcela de tierra y fuera de ella, sin que ello evite un nivel de vida precario con su secuela de mortalidad, y en particular de mortalidad infantil. Ni la estructura geológica, ni las formas del relieve, ni la rudeza del clima en invierno, ni la pertenencia a una «raza» más o menos artificialmente caracterizada, ni la influencia de un atavismo o de tradiciones por lo demás dislocadas, ni la de una pacificación reciente o una técnica moderna que sigue siendo excepcional habrían podido darnos una explicación «clara» y «distinta» de este fenómeno: la misma estructura, el mismo relieve, el mismo clima, la misma «raza», las mismas tradiciones antiguas se dan en numerosas montañas del mundo mediterráneo sin que se reproduzcan las mismas condiciones de vida. Y, a poco que dejemos de lado los análisis fourrieristas sobre la pasión de «mariposar», nada obliga tampoco a pensar que, por ejemplo, la tradición impusiera que los hombres se expatriaran si no sintieran la necesidad de hacerlo.

Pero la privación de tierra, el aislamiento en una economía agraria y sin el apoyo de inversiones industriales y el aporte de los productos de la tierra que no basta para compensar el coste del trabajo que se precisa para obtenerlos explican la imposibilidad de adoptar un régimen de cultivo ventajoso y la necesidad de multiplicar los brazos que se ofrecen para trabajar con las máquinas ajenas. Los fenómenos geográficos ya no se relacionan arbitrariamente con las condiciones naturales: la fuerte densidad de población y su crecimiento, la estructura de los pueblos, las dimensiones exiguas y la simplicidad de las moradas y de su mobiliario, así como el fenómeno de la emigración, se nos aclaran por las relaciones económicas de los kabiles con otras colectividades a las que tienen que vender su trabajo, según la ley de la oferta y la demanda.

Estas relaciones entre unos hombres y otros determinan las fases más importantes del género de vida y basta con que sean modificadas para que estallen las famosas tradiciones seculares, para que el papel de las condiciones naturales sea profundamente trastornado y para que el hombre vea transformado su dominio de la naturaleza.

Ni siquiera hace falta salir de Argelia para constatar hasta qué punto puede cambiar la geografía de una década a otra; hasta qué punto ha podido ser renovada en el lapso de un siglo por la historia, que metamorfosea cada vez más rápidamente el rostro de las sociedades.

Hace un siglo, en las mesetas de Constantina practicaban el nomadismo algunas tribus Rirhas, Eulmas, Medyana o Maadid. Relativamente poco numerosas, disponían de amplios territorios que utilizaban estacionalmente, consagrando a los cultivos los bordes montañosos e irrigados del norte y a la ganadería las vastas extensiones del centro y del sur. La tienda de lana tejida por las mujeres les cobijaba y la cebada y los rebaños les procuraban el alimento.

Para ellos, las condiciones naturales eran la presencia cercana de los muelles calcáreos, rotos por profundas gargantas como la del Guergur, abriéndose al golfo de Bujía y golpeadas de lleno por las lluvias, y las vastas extensiones de suelos arcillosos y costrosos, disecados en los depósitos terciarios del lago setifiano e inclinadas hacia las capas de agua mal alimentadas y salobres de los *chotts*.

Hace veinte años esta naturaleza no había cambiado. Pero las gentes de estas tribus se habían multiplicado en un territorio más restringido; el hábitat no era ya la tienda sino la casa y sólo quedaban ya pequeños rebaños familiares en la mitad de las tierras dejadas anualmente en barbecho. También la producción se había multiplicado; y sin embargo, el producto del trabajo no era siempre suficiente para alimentar a todos. Pese al incremento de los recursos, la sobrepoblación había hecho su aparición.

Actualmente la naturaleza sigue siendo la misma en las mesetas. Pero parte de los campesinos se han hecho urbanos. Setif ha duplicado el número de sus habitantes y la mayor parte de éstos nacieron en los Eulmas, los Rirhas, los Maadid o la Medyana.

Lo que, en el lenguaje escolar, se traduce por esta definición: «ciudad de 30.000 habitantes, mercado agrícola en pleno desarrollo, situada en el corazón de una región cerealera». Más o menos lo mismo que sabemos de Chartres, sin que exista la menor semejanza entre la vida de las gentes de Chartres y la de las gentes de Setif.

Por lo demás, la introducción por los colonos de los métodos modernos de cultivo, según se nos enseña, puede explicar el aumento del poblamiento y de la producción, pero no el ritmo particular de la vida que impresiona al visitante a cada paso: la constante búsqueda de cualquier trabajo por parte de cientos de recién llegados que no han podido aprender un oficio; la proliferación de chozas exiguas y mal arregladas; el predominio de viejas ropas de prisionero sobre las batas y los trajes. Particularidades que, aparecidas hace tan sólo unos años, no podrían explicarse por ninguna tradición, y a propósito de las cuales sería inútil invocar una imaginaria transformación del clima o la muy real de los medios técnicos, ya que éstos han sido introducidos también en otras zonas, sin que por ello hallan dado lugar al mismo aspecto concreto. Si el nómada se ha convertido en un sedentario con un modo de vida particular, ¿no sería por el efecto de un contacto nuevo, de nuevas relaciones con recién llegados? La llegada misma de estos últimos, ¿no ha sido la fuente de las nuevas condiciones? La instalación en miles de hectáreas de granjas de la Compagnie Genevoise³ y de otros

3. *N. del T.*: la Compañía Ginebrina aludida es la Compagnie Genevoise des Colonies Suisses de Sétif.

colonos en otros tantos miles de hectáreas, las concesiones, el acantonamiento, las exacciones consecutivas a la insurrección de 1871, ¿no acabaron imposibilitando el antiguo género de vida, muy exigente en tierra? ¿No multiplicaron las necesidades de brazos de los nuevos poseedores, a la vez que implicaron el reparto con ellos de los frutos del trabajo?

Y, bruscamente, ¿no fueron demasiados los brazos para las máquinas modernas, que se introdujeron para limitar el precio del esfuerzo? Y esta inutilidad de los hombres que se multiplicaron al reclamo de nuevas necesidades ajenas, ¿no es, en realidad, la razón de ser de la sobrepoblación? ¿Y no explica la marcha de estos hombres a la ciudad, en busca del trabajo que no dejó de faltarles?

¿No son, entonces, las relaciones entre los hombres el principal factor de transformación de los fenómenos geográficos (género de vida, densidad de población, hábitat...), dadas unas ciertas condiciones naturales? ¿No son ellas el primer determinante de ese otro fenómeno geográfico que es la existencia de la ciudad de Setif?

Veán ustedes cómo la Geografía puede llegar a ser una ciencia de lo real, de las realidades inmediatas, de las realidades humanas. Veán cómo ya no nos parece un capricho de eruditos; comprenderla y quererla es comprender y querer a la vida misma de las gentes y sus posibilidades de futuro. El geógrafo deja de ser un coleccionista, un diccionario viviente, un contemplador, y se convierte en un actor en la existencia del mundo, un humanista.

Se convierte en un humanista porque se plantea problemas humanos, problemas de vida y de muerte, que no pueden ser resueltos separadamente por los distintos especialistas cuyo campo visual sólo abarque uno de los ángulos de las posibilidades que tiene el hombre para conquistar el mundo.

El geólogo, por ejemplo, puede descubrir recursos mineros desconocidos, pero hace falta el ingeniero para explotarlos y no basta que sean explotados para que rindan a las gentes todo el provecho que podrían darles. Lo mismo ocurre con el edafólogo, el botánico y el agrónomo ante las riquezas de la tierra. El economista puede acumular los cálculos a partir de estadísticas, estimar las necesidades de un país en productos del extranjero, sus posibilidades de exportación y de transformación; el historiador puede descubrir el motor del desarrollo de las sociedades y las naciones, y el sociólogo analizar la herencia que un grupo humano ha recibido de su pasado.

Estoy haciendo gala de un singular orgullo, ¿verdad? Pero ¿no me asiste la razón para decir que el geógrafo es, dentro de esta asociación, uno de los colaboradores más necesarios? ¿No es algo así como el Enciclopedista, que puede reunir los datos proporcionados por el geólogo, el ingeniero, el edafólogo, el botánico, el agrónomo, el economista, el historiador y el sociólogo? ¿No le corresponde a él la tarea de plantearlos como datos del problema de los hombres de hoy?

Es verdad que el geólogo dirá que el geógrafo no sabe reconocer un fósil; el ingeniero, que ignora las condiciones de empleo de la sonda hidráulica, y el edafólogo, que es incapaz de captar los matices entre los suelos de color castaño y los marrón claro. El botánico le demostrará que no sabe distinguir los guisantes de las lentejas; el agrónomo, que no ha visto jamás una motocultivadora; el economista, que no sabe plantear una multiplicación; el historiador, que ha olvidado el precio del pan en febre-

ro de 1492, y el sociólogo, que no ha comprendido nada del sentido religioso de determinado gesto de una danza polinesia.

Y es verdad. En todo ese vasto campo tengo graves lagunas. Pero nada me impide confiar en quienes conocen y recoger los frutos de su trabajo en un inventario. Ni comparar el inventario de los recursos disponibles con el de su utilización, en función de las necesidades de las gentes y de sus medios técnicos, y de las relaciones entre ellas en el seno de un mismo pueblo y entre unos pueblos y otros, y sin perder de vista las transformaciones históricas ya acometidas. ¿No es éste un camino para servir a su pueblo y a todos los hombres de todas las naciones?

Se abre un campo de acción prácticamente ilimitado. Más de dos mil millones de personas habitan la superficie del Globo, y los recursos hoy conocidos permitirían, según las estimaciones más pesimistas, satisfacer las aspiraciones más exigentes de por lo menos cinco mil millones de nuestros semejantes. Y esto, sin contar más que los medios técnicos actualmente en uso, sin tener en cuenta siquiera las inmensas posibilidades que se vislumbran, mediante un trabajo creador, sobre la utilización de la energía atómica.

Ya ven ustedes, queridos amigos, que Malthus queda lejos, y que no es preciso codiciar la ración ajena ni ser un lobo para el hombre para darse la oportunidad de abandonar cualquier preocupación por la vida material.

He aquí un objetivo digno de la ambición del geógrafo en el mundo entero. He aquí una tarea a la que se puede consagrar, cualquiera que sea el país en el que se encuentre, para ayudar a su pueblo y contribuir a mejorar sus condiciones de vida.

En cuanto a ustedes, amigos míos, que viven en este lado del Mediterráneo, no vayan a creer que se llevan la peor tajada y que no hay trabajo que hacer. Piensen que Argelia es un país incesantemente necesitado de transformaciones, por las contradicciones que se dan ante nosotros y que se manifiestan en los contrastes que hay entre los recursos y su uso, entre técnicas, entre las gentes. Piensen que el mapa geológico detallado apenas penetra excepcionalmente en las altiplanicies, que los problemas de hoy no son ya los mismos de ayer y que mañana serán otros nuevos.

Pero cuando quienes hoy cursan sexta⁴ sean adultos, sus predecesores habrán tenido tiempo de hacer diez geografías diferentes, ninguna de las cuales será ya válida.

Pensarán ustedes: «de manera que primero nos mandan deberes para las vacaciones y después nos invitan a que nos hagamos geógrafos, para al final decirnos que el trabajo que hicieramos perdería su valor en algunos meses».

Nada de eso. En primer lugar, no hay trabajo perdido. Pero tampoco lo hay que sea definitivo, pues en tal caso sólo nos quedaría formular una teoría de la desesperanza. Por otra parte, no sería absurdo que algunos de los numerosos alumnos del Liceo Emile-Felix Gautier abrazaran la carrera del hombre que, precisamente por sus trabajos pioneros sobre el Norte de África y particularmente sobre Argelia, se hizo acreedor a que dieran su nombre a este centro.

4. *Sixième*: primer año de enseñanza secundaria, clase de los 10-11 años (*N. del T.*).

En fin, si a partir de hoy alguno de ustedes empieza a entender un poco mejor las razones que pueden llevarnos a hacer geografía, quizás llegue a pasárselo bien con sus deberes de geografía. Y quién sabe si a la vuelta de vacaciones, en octubre, emprenda con un interés renovado el camino de nuestras aulas. Tal vez, en la sesión de octubre del examen final del bachillerato, uno de los candidatos que no tuvo suerte en junio pueda responder a alguna pregunta sobre Argelia. Evidentemente, ustedes objetarán que lo que acaban de oír guarda poca relación con las lecciones que les haremos aprender desde octubre de 1951 hasta junio de 1952. ¡Las circunstancias son las circunstancias!

Como habrán comprendido, no disponemos todavía ni del tiempo ni de los medios para trasportarles a las regiones de las que trata la clase de geografía. ¿Se imaginan ustedes deambulando con nosotros en columnas de cincuenta por el puerto, las fábricas o los diferentes barrios de Argel y de sus alrededores? Obviamente, haría falta que los grupos fueran mucho menos numerosos. ¿Se ven recorriendo Argelia en largas etapas pedestres, dado que carecemos de autocares? ¿Nos ven llevándoles a estudiar sobre el terreno las diversas regiones de Francia, sin los helicópteros que serían necesarios? ¿Disponemos acaso de aviones para sobrevolar Europa en la clase de cuarta o África, Asia y América en la de quinta; o para aterrizar en Nueva York, Río de Janeiro, Moscú y Pekín con los alumnos del último curso de la especialidad de Filosofía?

Además, ¿no sería más inmediatamente alcanzable traer aquí todos esos países, simplemente instalando los locales y aparatos que nos permitan proyectar películas y fotografías en cantidad suficiente para que sean algo más que un recreo suplementario? ¿No sería más fácilmente alcanzable dotarnos de medios de experimentación que hagan visibles a los alumnos de la clase de segunda fenómenos geológicos estereotipados en bloques-diagramas anónimos?

Sin dejar de lado que algunos colegas, que no comparten necesariamente con nosotros la «pasión de mariposar», no tendrían que tomar el autocar o el avión para dedicarse, en las horas perdidas, a las bellas letras, el dibujo, las matemáticas o la educación física.

Antes de que aprendan ustedes a preferir unas vacaciones sedentarias y monótonas a unos estudios vagabundos.